Amar y morir en Shikon

by Penryn Everdeen

Category: Inuyasha
Genre: Romance, Supernatural
Language: Spanish
Characters: Inuyasha, Kagome H., Miroku, Sango
Pairings: Inuyasha/Kagome H., Miroku/Sango
Status: In-Progress
Published: 2016-04-23 13:00:24
Updated: 2016-04-23 13:00:24
Packaged: 2016-04-27 12:55:46
Rating: M
Chapters: 1
Words: 3,752
Publisher: www.fanfiction.net
Summary: UA Kagome Higurashi ha vivido toda su vida en el idÃ-lico pueblo de Shikon y no ve la hora de marcharse de allÃ- para poder realizar sus sueÃ±os, hasta que aparece el Ãºnico chico que la harÃ-a replantearse todo su futuro. InuKag

Amar y morir en Shikon

Disclaimer: Ni la historia de _Inuyasha_ ni sus personajes me pertenecen, son de Rumiko Takahashi. Este fanfic estÃ¡ hecho sin Ã¡nimo de lucro.

* * *

><p>AMAR Y MORIR EN SHIKON

18 de Junio

El castillo en lo alto de la colina

Todas las casas eran iguales en el pequeÃ±o pueblo de Shikon. Todas se componÃ-an de lo mismo: porche, dos plantas y un Ã¡tico, y un pequeÃ±o jardÃ-n que rodeaba a la casa por tres lados. Cada una era igual a la anterior, lo que hacÃ-a bastante difÃ-cil saber en quÃ© calle te encontrabas a no ser que hubieras nacido y vivido toda tu vida allÃ-. Shikon era como uno de esos barrios residenciales que se encontraban en la periferia de Tokyo (en realidad era mÃ¡s pequeÃ±o), sÃ³lo que no formaba parte de la metrÃ³polis de Tokyo. No era que estuviera muy lejos, a poco mÃ¡s de media hora en coche, pero parecÃ-a que estuvieran a galaxias de distancia. A Shikon no llegaban el ruido, la poluciÃ³n, la contaminaciÃ³n lumÃ-nica o el estrÃ©s de la gran ciudad.

En Shikon la gente se saludaba amigablemente cuando se cruzaban en la calle, pedÃ-an disculpas si se chocaban accidentalmente y los

jÃ³venes ayudaban a los mÃ¡s mayores a llevar las bolsas de la compra o a cruzar la calle. Casi no habÃ-a trÃ¡fico, el aire que se respiraba era limpio y puro, y la delincuencia parecÃ-a cosa de otro siglo o de otro planeta. De hecho, la pequeÃ±a comisarÃ-a estaba prÃ¡cticamente desierta la mayor parte del tiempo y si querÃ-as encontrar al jefe de policÃ-a Kishaba tenÃ-as que ir al bar del viejo Sanjo, que era el Ãºnico lugar del pueblo en el que podÃ-as beber sake a cualquier hora del dÃ-a.

Los habitantes de Shikon no se habÃ-an molestado nunca en aprenderse los nombres de las calles, a pesar de que no habÃ-a tantos nombres que memorizar, sino que llamaban a cada calle segÃºn el negocio que hubiera en ella: la calle del supermercado, la calle del taller mecÃ¡nico, la calle de la peluquerÃ-a o la calle del ayuntamiento. En Shikon tampoco habÃ-a secretos, todos se conocÃ-an y todos sabÃ-an lo que hacÃ-an sus vecinos y, como en cualquier lugar donde hubiera una lenta conexiÃ³n a Internet o una televisiÃ³n que sÃ³lo sintonizaba cuatro canales, el deporte que mÃ¡s se practicaba era el del cotilleo.

En realidad, Shikon no se diferenciaba mucho de cualquier otro pueblo pequeÃ±oâ€¦ excepto por el castillo encantado.

El castillo Taisho llevaba allÃ- desde mucho antes de que Shikon fuera tan sÃ³lo una aldea formada por unos cuantos desertores de las guerras feudales y sus esposas. TenÃ-a mÃ¡s de cinco siglos de antigÃ¼edad y habÃ-a atraÃ-do a muchos curiosos al pueblo a los largo de los aÃ±os pero nunca nadie habÃ-a conseguido entrar. Nadie a excepciÃ³n de Kaede, Myoga y Totosai, las tres personas mÃ¡s viejas del pueblo, que habÃ-an sido contratados por el dueÃ±o del castillo para su cuidado, aunque nadie sabÃ-a muy bien cÃ³mo lo habÃ-a hecho para contratarlos. SegÃºn los habitantes de Shikon, ese hombre vivÃ-a como un ermitaÃ±o, nunca nadie lo habÃ-a visto en persona, todos creÃ-an que no habÃ-a salido del castillo jamÃ¡s, nadie habÃ-a oÃ-do nunca su nombre ni sabÃ-an que edad podrÃ-a tener, y nadie se habÃ-a atrevido nunca a entrar para averiguarlo. El castillo era imponente y su posiciÃ³n estratÃ©gica en lo alto de una colina hacÃ-a que dominara la vista desde cualquier punto del pueblo, pero desprendÃ-a una especie de aura que te advertÃ-a que lo mejor que podÃ-as hacer era mantenerte alejado. El castillo Taisho y su habitante eran el Ãºnico misterio que los habitantes de Shikon no habÃ-an conseguido resolver.

La otra gran atracciÃ³n de Shikon, y lo que hacÃ-a interesantes los veranos y atraÃ-a a los turistas, era el lago. La familia Hojo, la familia mÃ¡s importante del pueblo y la mÃ¡s rica, lo habÃ-an aprovechado para hacer de Shikon un punto de referencia para todo amante del turismo rural. Todos los veranos organizaban campamentos infantiles y hacÃ-an juegos y fogatas nocturnas a la orilla del lago, poseÃ-an el Ãºnico hotel del pueblo y habÃ-an construido cabaÃ±as en el interior del bosque que rodeaba el lago para aquellas personas tan cansadas de la cuidad que no querÃ-an tener que ver ni un trozo de asfalto durante sus vacaciones. El seÃ±or Hojo, era ademÃ¡s el alcalde del pueblo y poseÃ-a otros negocios importantes como un restaurante, una cafeterÃ-a/heladerÃ-a, la Ãºnica sala de cine, en la que se proyectaban pelÃ-culas americanas de los aÃ±os 50 (si querÃ-as ver cine del siglo XXI tenÃ-as que ir a la tienda de prensa y revistas, que tambiÃ©n servÃ-a de videoclub y de tienda de golosinas, y alquilar la pelÃ-cula), y las tiendas de ropa y calzado. Y todos estos negocios prosperaban a pesar de lo poco original de sus

nombres. Los Hojo habÃ-an bautizado a todos sus negocios con el nombre Â«Four SoulsÂ»: Campamento Four Souls, Hotel Four Souls, Restaurante Four Souls o Cine Four Souls.

En conjunto, Shikon era un buen lugar para vivir, casi una utopÃ-a, pero aÃºn asÃ- Kagome Higurashi contaba los dÃ-as que le quedaban para salir de allÃ-. 365 dÃ-as mÃ¡s y serÃ-a libre.

* * *

><p>â€”Â¡Buenos dÃ-as! â€”canturreÃ³ Kagome entrando a la cocina dÃ³nde su familia desayunabaâ€”. Â¿No hace un dÃ-a esplÃ©ndido?<p>

SÃ- que lo hacÃ-a. El sol brillaba con intensidad, el cielo estaba azul, los pÃ¡jaros cantaban y hacÃ-a calor, lo que lo hacÃ-a un dÃ-a perfecto para ir a darse un baÃ±o al lago.

â€”Te veo contenta, hermana â€”murmurÃ³ su hermano pequeÃ±o, Sota, mientras tragaba un poco de arroz.

â€”Â¡Por supuesto que estoy contenta! â€”exclamÃ³ Kagome con una gran sonrisaâ€”. Â¿No sabes quÃ© dÃ-a es hoy?

â€”Â¡SÃ-! Â¡Hoy es el primer dÃ-a de las vacaciones de verano! â€”gritÃ³ Sota con emociÃ³n.

â€”Â¿No se te olvida algo, hermanito? â€”preguntÃ³ la chica con los dientes apretados. No habÃ-a sido esa la respuesta que habÃ-a esperado de su hermano.

â€”Â¡Feliz cumpleaÃ±os, cariÃ±o! â€”dijo su madre, dÃ¡ndole un gran abrazo, evitando asÃ- cualquier posibilidad de que sus hijos comenzaran una discusiÃ³n.

â€”Gracias, mamÃ¡.

â€”Feliz cumpleaÃ±os, Kagome.

â€”Gracias, abuelo â€”Kagome se volviÃ³ entonces a su hermanoâ€”. Sota â€”canturreÃ³â€”, Â¿no tienes algo que darme? â€”preguntÃ³ seÃ±alÃ¡ndose la mejilla izquierda con el dedo Ã-ndice.

Sota se hundiÃ³ en su asiento poniÃ©ndose rojo como un tomate.

â€”No me hagas hacerlo â€”pidiÃ³.

â€”Ya lo creo que sÃ-.

â€”Ya soy mayorcito para esas cosas.

â€”Â¡Por eso mismo! â€”sonriÃ³ Kagomeâ€”. Es el deber de toda hermana mayor torturar a su hermano de 12 aÃ±os.

â€”Eres cruel â€”gruÃ±Ã³ el chico, pero aÃºn asÃ- se incorporÃ³ y le dio un rÃ¡pido beso a su hermana en la mejillaâ€”. Feliz cumpleaÃ±os.

â€”Gracias, Sota â€”respondiÃ³ la chica sonriendo ampliamente.

â€”Â¿Te quedas a desayunar? â€”le preguntÃ³ su madre mientras le servÃ-a tÃ© al abuelo.

â€”No. Hoy empieza el verano y, por tanto, empieza mi rutina veraniega. Â¡Hasta luego, familia! â€”se despidiÃ³ mientras salÃ-a por la puerta de la cocinaâ€”. Y por cierto â€”aÃ±adiÃ³ volviÃ©ndose rÃ¡pidamenteâ€”, no creÃ¡is que me olvido de que me debÃ©is unos regalos de cumpleaÃ±os.

Kagome saliÃ³ de su casa y se dirigiÃ³ hacia su bici. Le quitÃ³ el candado y saliÃ³ a la calle. HacÃ-a bastante calor para ser sÃ³lo junio. Si ya empezaban a apretar las temperaturas, no querÃ-a ni imaginarse como estarÃ-an en agosto. Eso la hizo pensar en todas las actividades que podrÃ-a hacer en el lago con los niÃ±os del campamento. Trabajar en el campamento era una de las actividades que conformaban su rutina veraniega, pero la primera, con la que empezaba el dÃ-a, era desayunar con su mejor amiga Sango, y hacia allÃ- se dirigÃ-a en aquel momento.

â€”Â¡Kagome! Â¡Kagome!

Con aquellos gritos sacÃ¡ndola de sus pensamientos, Kagome parÃ³ y mirÃ³ por encima del hombro para ver quiÃ©n la llamaba. Era el viejo seÃ±or Saya, desde la puerta de la oficina de correos. El seÃ±or Saya era la cuarta persona mÃ¡s anciana del pueblo y apenas podÃ-a moverse. HabÃ-a trabajado toda su vida de cartero y pensaba morir trabajando, a pesar de que sus piernas ya no funcionaban y tenÃ-a que moverse en silla de ruedas. Por esa razÃ³n, si querÃ-as obtener tu correspondencia tenÃ-as que ir hasta la oficina a recogerla. Y todos en Shikon sabÃ-an que si le permitÃ-an aquel capricho al viejo Saya era porque su hija estaba casada con el seÃ±or Hojo, el alcalde.

â€”Â¿QuÃ© ocurre, seÃ±or Saya? â€”preguntÃ³ la chica, dejando su bici fuera y entrando en la oficina.

La oficina de correos era una diminuta habitaciÃ³n con un mostrador y una estanterÃ-a pegada a la pared del fondo llena de huecos dÃ³nde el seÃ±or Saya archivaba la correspondencia de todos los vecinos del pueblo.

â€”Necesito que lleves este paquete al castillo Taisho â€”respondiÃ³ dejando encima del mostrador un paquete del tamaÃ±o de una caja de zapatos envuelto en papel de estraza.

Kagome pasÃ³ su mirada incrÃ©dula del viejo al paquete, y del paquete al viejo.

â€”Â¿Yo? â€”preguntÃ³ con voz chillona, seÃ±alÃ¡ndose a sÃ- misma con un dedo.

â€”Si, tÃº. Â¿Acaso hay otra Kagome por aquÃ-? â€”respondiÃ³ con sarcasmo.

Puede que el viejo Saya no pudiera levantarse de la silla de ruedas sin ayuda, pero su lengua estaba perfectamente sana y tan afilada como en su juventud.

â€”Â¿Al castillo encantado?

â€”No estÃ¡ encantado. CreÃ-a que eras una chica lista, Kagome, Â¿de verdad te crees esos cuentos de viejas?

Kagome se refrenÃ³ de responder con algo sarcÃ¡stico. Estaba absolutamente segura de que algunos de esos "cuentos de viejas" los habÃ-a difundido Ã©l.

â€”CreÃ-a que de eso se encargaba Kaede â€”dijo saliendo por fin de su estupor.

Otra de las cosas que todos en el pueblo sabÃ-an era que todos los meses llegaba a la oficina de correos un paquete para el hombre que vivÃ-a en el castillo. Y todos sabÃ-an que Kaede lo recogÃ-a puntualmente todos los meses para entregÃ¡rselo.

â€”SÃ-, pero hoy el camiÃ³n de correos ha llegado mÃ¡s tarde de lo habitual y Kaede se ha ido al castillo antes de que tuviera el paquete. Sabes que ya no vuelve al pueblo hasta la noche, y es muy importante que este paquete llegue a su destino hoy, lo antes posible.

â€”Â¿Pero por quÃ© me lo pide a mÃ-? Â¿Por quÃ© no se lo pide a su nieto?

â€”Porque mi nieto no estÃ¡ por aquÃ- ahora mismo y tÃº sÃ-, y tienes tu bicicleta. AdemÃ¡s vas a ser la futura seÃ±ora Hojo y ya eres de mi familia. ConfÃ-o en ti â€”respondiÃ³ Saya con una sonrisa juguetona que a Kagome le puso los pelos de punta.

Kagome habÃ-a empezado a salir un par de meses antes con Hojo, nieto del viejo Saya e hijo del alcalde Hojo, y todos en el pueblo daban por hecho que la chica no iba a dejar escapar a semejante partidazo y que se convertirÃ-a en la siguiente seÃ±ora Hojo. Pero se equivocaban. Kagome no pensaba quedarse en el pueblo para casarse con Hojo y parir al prÃ³ximo alcalde de Shikon.

â€”Venga, llÃ©valo cuanto antes â€”ordenÃ³ el viejo empujando el paquete en su direcciÃ³n. DespuÃ©s le dio la vuelta a su silla de ruedas y se puso a ordenar la correspondencia de Shikon, dando por terminada la conversaciÃ³n.

Kagome suspirÃ³, dÃ¡ndose por vencida. CogiÃ³ el paquete y saliÃ³ de la oficina.

* * *

><p>â€”CreÃ-a que el seÃ±or Saya habÃ-a dicho que era urgente entregarlo â€”dijo Sango mirando divertida a su amiga.<p>

â€”SÃ- â€”murmurÃ³ Kagome.

Kagome habÃ-a ido directamente de la oficina de correos a la cafeterÃ-a Four Souls, dÃ³nde habÃ-a quedado para desayunar con Sango. Su amiga ya estaba esperÃ¡ndola cuando ella llegÃ³, sentada en su mesa habitual justo al lado del ventanal. Le habÃ-a contado rÃ¡pidamente la historia y desde entonces se habÃ-a dedicado a mirar fijamente con el ceÃ±o fruncido el paquete que habÃ-a dejado encima de la mesa, medio esperando que de repente se abriera solo y salieran de Ã©l todos los males de la humanidad.

â€”Â¿Se puede saber quÃ© te pasa, Kagome? â€”le preguntÃ³ Sango, perdiendo un poco la paciencia.

Kagome la mirÃ³. Sango era su mejor amiga desde siempre. Era un aÃ±o mayor que ella y, por tanto, no iban juntas a clase pero vivÃ-an en la misma calle. TambiÃ©n era la chica mÃ¡s guapa del pueblo, con su larga melena color castaÃ±o oscuro y sus cÃ¡lidos ojos marrones, pero ella no parecÃ-a darse cuenta de su belleza y eso la hacÃ-a mÃ¡s bella aÃºn. Kagome no podÃ-a recordar un momento de su vida en el que no estuviera Sango. Juntas habÃ-an soÃ±ado con el dÃ-a en el que se graduarÃ-an en el instituto y podrÃ-an irse del pueblo. Pero la tragedia habÃ-a llegado a la vida de Sango y habÃ-a truncado ese sueÃ±o en particular.

Sango se habÃ-a graduado ese aÃ±o y si todo hubiera sido como deberÃ-a, se habrÃ-a ido a estudiar Magisterio en la Universidad de Tokyo. Pero tres aÃ±os atrÃ¡s, los padres de Sango habÃ-an muerto en un accidente de coche, dejÃ¡ndola como Ãºnica responsable de su hermano pequeÃ±o, Kohaku, que ahora tenÃ-a 15 aÃ±os. Por tanto, Sango seguirÃ-a atrapada en Shikon al menos otros tres aÃ±os, hasta que su hermano fuera mayor de edad. Pero Kagome sabÃ-a la verdad, Sango jamÃ¡s abandonarÃ-a a Kohaku, se habÃ-a quedado atrapada en el pueblo para siempre.

Cada vez que Kagome la miraba, no podÃ-a evitar que la invadiera la ansiedad. SÃ-, Sango ahora parecÃ-a feliz y lo que le habÃ-a pasado habÃ-a sido una tragedia inesperada que nadie habÃ-a podido evitar, pero no querÃ-a que le ocurriera lo mismo. No querÃ-a quedarse atrapada en un pueblo que parecÃ-a un agujero negro: lo absorbÃ-a todo y no dejaba escapar nada. HabÃ-a soÃ±ado toda su vida con salir de allÃ-, con vivir en la ciudad, estudiar Medicina y hacer algo importante en la vida. Y estaba totalmente determinada a conseguirlo.

â€”Â¿QuÃ© pasa? Â¿Te da miedo ir al castillo encantado? â€”la voz burlona de Sango la sacÃ³ de sus pensamientos.

â€”No es eso. Es queâ€¦ â€”Kagome no sabÃ-a muy bien cÃ³mo explicarseâ€”. Es que nadie, jamÃ¡s, ha entrado en ese castilloâ€¦ bueno, nadie excepto los ancianos â€”se corrigiÃ³. Â«Los ancianosÂ» era la manera en que todo el mundo se referÃ-a a Kaede, Myoga y Totosai, las Ãºnicas personas con permiso para entrar en el castilloâ€”, y si yo entro allÃ-, y descubro que todo es normal y que no hay ninguna maldiciÃ³n, serÃ-a como echar abajo un mito. ImagÃ-natelo, Shikon ya no serÃ-a famoso por tener un autÃ©ntico castillo encantado.

â€”Nadie cree que Shikon tenga un "autÃ©ntico castillo encantado" â€”repuso Sango, haciendo las comillas con los dedos. Kagome resoplÃ³â€”. Pero entiendo lo que quieres decir. Si entras en ese castillo y sales viva y sin un solo rasguÃ±o mucha gente se llevarÃ¡ una decepciÃ³n.

â€”Gracias por tu comprensiÃ³n â€”dijo Kagome con sarcasmo.

â€”Â¡Las dos chicas mÃ¡s bellas de todo Shikon! â€”exclamÃ³ una voz masculina a sus espaldasâ€”. Os he visto por la ventana y no he podido evitar entrar a saludaros.

â€”Â¿"Las dos chicas mÃ¡s bellas de todo Shikon"? â€”se burlÃ³ Kagomeâ€”. Eso no es decir mucho teniendo en cuenta nuestra poblaciÃ³n, Â¿no crees, Miroku?

Si habÃ-a alguien del gÃ©nero masculino del que Kagome pudiera decir sinceramente que era su amigo, Ã©se era Miroku. Era dos aÃ±os mayor que ella, alto y guapÃ-simo. TenÃ-a el pelo negro lo suficientemente largo como para recogÃ©rselo en una pequeÃ±a coleta y los ojos de un caracterÃ-stico color azul oscuro. TambiÃ©n disfrutaba a rabiar coqueteando con las chicas y metiÃ©ndoles mano. De hecho, llevaba coqueteando con indecisiÃ³n con Sango desde que ella habÃ-a cumplido los 15 y los chicos habÃ-an empezado a fijarse en ella. Aunque Kagome se habÃ-a dado cuenta de que Miroku se comportaba de manera distinta con Sango que con el resto de las chicas. SÃ-, intentaba meterle mano cada vez que podÃ-a igual que con las demÃ¡s, pero nunca le habÃ-a pedido una cita, y eso que se lo habÃ-a pedido a todas las chicas que estuvieran entre los 15 y los 30 aÃ±os incluyendo a las turistas que llegaban en verano. Bueno, a Kagome nunca le habÃ-a pedido una cita tampoco pero eso era porque eran casi como hermanos y ninguno de los dos se sentÃ-a cÃ³modo con la idea de salir juntos. Pero con Sango se mostraba contenido, como si tuviera miedo de cometer un error. HabÃ-a algo entre ellos. El problema era que se portaban como niÃ±os y ninguno se atrevÃ-a a reconocerlo en voz alta.

â€”Me partes el corazÃ³n, Kagome â€”dijo Miroku, llevÃ¡ndose una mano al pechoâ€”. Mi cumplido era sincero.

â€”Entonces lo acepto â€”respondiÃ³ la chica, inclinando la cabeza.

â€”Por cierto, feliz cumpleaÃ±os.

â€”Gracias.

â€”Â¿QuÃ© es eso? â€”preguntÃ³ el chico, seÃ±alando el paquete encima de la mesa con un movimiento de su cabezaâ€”. Â¿Un regalo de cumpleaÃ±os?

â€”No. Es material radioactivo. Te sugiero que no lo toques.

Sin hacer caso de su sarcasmo, Miroku se asomÃ³ por encima de su hombro.

â€”Castillo Taisho â€”leyÃ³ en la etiqueta pegada en el papel de estrazaâ€”. Â¿Es lo que creo que es? â€”medio gritÃ³, por el asombro.

â€”SÃ- â€”respondiÃ³ Sango por ellaâ€”. Pero no necesitamos que el resto del pueblo se entere.

â€”Â¿Por quÃ© tienes tÃº eso? â€”inquiriÃ³, y luego mirÃ³ el paquete como si realmente fuera material radioactivo.

â€”El viejo Saya me ha pedido que lo entregue â€”contestÃ³ Kagome.

â€”Â¿TÃº?

â€”SÃ-.

â€”Â¿En el castillo encantado?

â€”SÃ-.

â€”Vaya â€”murmurÃ³ Miroku dejÃ¡ndose caer en una sillaâ€”. No me gustarÃ-a estar en tu pellejo ahora mismo, Kagome.

â€”Ni a mÃ- â€”suspirÃ³ Kagome, hundiÃ©ndose en su silla.

â€”Â¡Vamos, chicos! Â¿A quÃ© viene tanto miedo? SÃ³lo es un castillo. Los ancianos suben allÃ- todos los dÃ-as y nunca les ha pasado nada â€”exclamÃ³ Sango, perdida ya toda paciencia.

â€”Ya, pero los ancianos son los ancianos, y nosotros somos simples mortales â€”repuso Miroku.

Sango puso los ojos en blanco.

â€”Bueno, me encantarÃ-a seguir manteniendo esta estÃºpida conversaciÃ³n pero tengo que ir a trabajar â€”dijo Sango levantÃ¡ndose de su silla.

â€”SÃ-¿ y yo tengo un paquete que entregar â€”aÃ±adiÃ³ Kagome levantÃ¡ndose tambiÃ©n.

â€”Â¿Nos vemos esta tarde en tu fiesta de cumpleaÃ±os? â€”preguntÃ³ Sango.

â€”SÃ- â€”suspirÃ³ Kagomeâ€”. Si no aparezco, decidle al jefe Kishaba que me vieron por Ãºltima vez en el castillo encantado.

* * *

><p>Kagome se bajÃ³ de su bicicleta y se acercÃ³ lentamente al arco. Como todos los castillos feudales, al castillo Taisho lo rodeaba una muralla, y el Ãºnico acceso era el arco delante de la puerta principal. Kagome apoyÃ³ la bici en la muralla y cogiÃ³ el paquete de la cesta. CruzÃ³ el arco y se encontrÃ³ en el pequeÃ±o patio delantero. Probablemente habrÃ-a otro patio interior, justo en el centro del castillo, pero Kagome no pensaba llegar tan lejos como para averiguarlo. Su plan era llamar a la puerta y entregarle el paquete a Kaede, o al menos esperaba que fuera la anciana quiÃ©n le abriera la puerta.<p>

Kagome atravesÃ³ el patio y se dirigiÃ³ hasta el Ãºnico signo de modernidad que parecÃ-a haber en aquel castillo: la puerta. Era enorme, de madera maciza y tenÃ-a aldaba, cerradura y picaporte, como la puerta de su propia casa. Normalmente las puertas de los castillos feudales eran correderas pero supuso que no eran una buena idea si querÃ-as evitar que te robaran. Â«Como si alguien fuera a entrar en el castillo encantado sin permisoÂ», pensÃ³ la chica con nerviosismo. HabÃ-a agarrado la aldaba para llamar cuando se dio cuenta de que en realidad la puerta no estaba cerrada, sino que estaba entornada. Kagome respirÃ³ hondo armÃ¡ndose de valor y empujÃ³ la puerta.

Se encontrÃ³ con un gran espacio vacÃ-o, o al menos se imaginÃ³ que estaba vacÃ-o porque estaba tan oscuro que no podÃ-a ver nada. La Ãºnica luz provenÃ-a de la puerta abierta tras ella y de dos pequeÃ±os haces a su izquierda y a su derecha, Kagome supuso que

serÃ-an puertas correderas que llevaban a otras habitaciones del castillo, pero aÃºn asÃ- era incapaz de ver lo que habÃ-a al fondo de la sala.

â€”Â¿Hola? Â¿Kaede? â€”llamÃ³, y esperÃ³ un momento pero nadie le contestÃ³â€”. Traigo un paquete â€”dijo un poco mÃ¡s fuerte, pero tampoco hubo respuestaâ€”. Â¿DueÃ±o del castillo encantado? Â¿Alguien? â€”volviÃ³ a probar.

Se estaba poniendo mÃ¡s nerviosa por momentos. Tanta oscuridad y tanto silencio le estaban poniendo los pelos de punta.

Se dirigiÃ³ hacia la puerta de su izquierda, que era la que le quedaba mÃ¡s cerca, pues tal vez Kaede estaba al otro lado del castillo y no podÃ-a oÃ-rla. Fue entonces cuando le llegÃ³ un sonido del fondo de la sala. Era un ruido bajo y constante, como un silbidoâ€¦ no, era un gruÃ±ido, como el de un perro. Kagome se girÃ³ hacia el lugar de dÃ³nde procedÃ-a el gruÃ±ido y se encontrÃ³ mirando directamente a un par de brillantes ojos dorados. A lo largo de su vida, Kagome habÃ-a oÃ-do muchÃ-simos cuentos, rumores e historias sobre el castillo Taisho, pero nunca, en ninguna de esas historias, habÃ-a oÃ-do que el loco del castillo encantado tuviera un perro guardiÃ¡n.

â€”Vale, me largo â€”murmurÃ³ para sÃ- misma, dejando caer el paquete al suelo.

CorriÃ³ hasta la puerta principal, saliÃ³, la cerrÃ³ de un portazo tras ella y siguiÃ³ hasta que estuvo fuera de la muralla. AllÃ- se parÃ³ para recuperar el aliento y para recuperarse del susto, dicho sea de paso.

â€”Â¿Kagome?

Sobresaltada, Kagome levantÃ³ la mirada hasta la voz que la habÃ-a llamado.

â€”Miroku â€”suspirÃ³ aliviadaâ€”. Â¿QuÃ© haces aquÃ-?

â€”Â¿CreÃ-as que te iba a dejar sola en tu excursiÃ³n al castillo encantado? Te he seguido para ver si estabas bien.

â€”Gracias â€”dijo de todo corazÃ³n.

â€”Â¿EstÃ¡s bien? â€”le preguntÃ³ el chico. ParecÃ-a preocupado.

â€”SÃ-, buenoâ€¦ â€”Kagome no pudo evitar volver la vista atrÃ¡s, hasta la puerta del castilloâ€”. Creo que mi imaginaciÃ³n me ha jugado una mala pasada.

â€”Entiendo â€”murmurÃ³ Miroku, y por un momento le pareciÃ³ que entendÃ-a de verdadâ€”. Â¿Has conseguido entregar el paquete entonces?

â€”MÃ¡s o menos â€”respondiÃ³ la chicaâ€”. No habÃ-a nadie asÃ- que lo he dejado en el suelo.

â€”Vamos, te acompaÃ±o hasta el pueblo.

â€”Gracias.

Kagome corriÃ³ hasta la muralla para coger su bici y, tras echar un Ãºltimo vistazo al castillo, se apresurÃ³ para ponerse al lado de su amigo.

* * *

><p>Vuelvo a publicar esta historia. La subÃ- hace un tiempo con otro tÃ-tulo pero la borrÃ© poco despuÃ©s porque decidÃ- que querÃ-a hacer otra cosa con ella que no lleguÃ© a hacer. Pero la he vuelto a leer y me he dado cuenta de que me gusta como estÃ¡ y que quiero seguirla. AsÃ- pues, aquÃ- la tenÃ©is.

Â¡Espero que os guste!

End
file.